

Hijos y herederos

Gálatas 4:1-11

Iglesia del Pacto de Tampa

11 de octubre de 2026

Proposición: Puesto que Dios envió a su Hijo para redimirnos de la esclavitud, somos llamados a vivir la vida cristiana como hijos y herederos de Dios que han sido liberados de la servidumbre.

FCF: Ceder a la tentación de vivir como esclavo en vez de como hijo que ha sido liberado.

RHF: Por medio de su persona y su obra, Jesucristo nos ha redimido de la esclavitud para que pudiéramos ser adoptados como hijos e hijas de Dios y llegar a ser herederos conforme a la promesa.

(#1) Introducción:

Para quienes crecieron en los años noventa, de todas las películas de Disney que han disfrutado, supongo que El rey león probablemente encabeza la lista. Recuerden a Simba, hijo de Mufasa y heredero del trono. Pero tras la muerte de Mufasa, el tío Scar lo convence de que él es el responsable, así que Simba huye y permanece lejos durante años. Entonces, un día, Simba se encuentra con un mandril llamado Rafiki, que aparece cantando: *“¡Asante sana, squash banana!”* Simba pregunta: *“¿Quién eres?”* Rafiki responde: *“La pregunta es: ¿quién eres tú?”* Simba dice: *“Creía saberlo, pero ahora ya no estoy tan seguro.”* Rafiki lo confronta: *“¡Ni siquiera sabes quién eres!”* Simba se aleja respondiendo: *“¿Y supongo que tú sí?”* Rafiki le asesta la verdad: *“¡Eres el hijo de Mufasa!”*¹ Y cuando la verdad alcanza a Simba, él jadea y corre tras Rafiki.

Ahora bien, mientras que Simba era hijo natural y heredero de Mufasa, no puede decirse lo mismo de nuestra relación con Dios. Más bien, hemos sido adoptados por gracia en la familia de Dios mediante la fe en Cristo. Y, a diferencia de Simba, nunca debemos olvidar ni huir de quienes somos. Pablo nos recordó en el capítulo 3 que, en Cristo, somos hijos de Dios por la fe. Y concluyó su argumento declarando: *“Y si ustedes pertenecen a Cristo, entonces son descendencia de Abraham, herederos según la promesa”*. Hoy veremos cómo ocurrió esto y cómo somos llamados a vivir, mientras Pablo recuerda a los creyentes gálatas su pasado, su realidad presente y plantea una pregunta solemne sobre la dirección en que se encaminan. Es una pregunta solemne que también debemos considerar en nuestra vida cristiana. Así que acudamos al Señor en oración y luego miremos **(#2) su Palabra.**

Su pasado: (vv. 1-3)

Aquí, en los dos primeros versículos, Pablo vuelve a explicar la vida bajo la ley, pero esta vez la compara **(#3) con un heredero² durante** la niñez. Escribe: *“Mientras el heredero es niño, en nada difiere de un esclavo, aunque es dueño de todo, sino que está bajo tutores y administradores hasta la fecha fijada por su padre”*. Aquí está el heredero: todo le pertenece según la promesa, pero no puede tomar posesión porque aún es niño. Por eso, en el razonamiento de Pablo, no es diferente de un esclavo. Está bajo tutores y administradores que le dan órdenes, lo disciplinan cuando es necesario y lo mantienen bajo estricta restricción. Este arreglo permanecía hasta la fecha fijada por su padre. Pablo hace la **(#4)** aplicación en el v. 3: *“Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos esclavizados a los principios elementales del mundo”*. Pablo les dice a estas iglesias y a nosotros que, antes de que viniera Cristo, éramos herederos de la promesa hecha por Dios a Abraham. Pero durante nuestra niñez éramos esclavos de los principios elementales del mundo.

(#5 En blanco) Es difícil saber con exactitud qué quiere decir Pablo con “*principios elementales del mundo*”.³ Podrían ser las enseñanzas y prácticas religiosas básicas de la época de Pablo, o poderes espirituales asociados con el orden creado. Para nosotros, señala aquellas reglas o principios básicos de una vida impulsada por el rendimiento: las casillas que marcamos para decirnos que estamos bien con Dios y con los demás. Pablo afirma que estas cosas no conceden libertad; conducen a la esclavitud. Ya ha mencionado o aludido a la esclavitud dos veces en estos primeros versículos, y esta servirá como idea rectora del resto de su argumento en nuestro texto. Debe recordarnos cómo es la vida aparte de Cristo: una vida de esclavitud.

La esclavitud era una práctica extendida en el mundo antiguo, y estos creyentes gálatas habrían entendido lo que Pablo decía. Ser esclavo significaba estar bajo la autoridad de un amo, sin derechos propios. Y no podías entregarte por completo a otra persona porque eras propiedad de tu amo. Nuestro contexto es diferente en la América del siglo XXI. Hemos llegado a ser una sociedad que celebra y valora la libertad y la autonomía. Es decir, somos libres para hacer, ser y perseguir lo que queramos. No necesariamente tenemos que responder ante nadie; solo necesitamos ser nosotros mismos. Y todo está bien, mientras nadie salga lastimado y seamos felices. No hay nada malo en la libertad ni en buscar una felicidad legítima. Pero, en cuanto a nuestra condición aparte de Cristo, ¿cuán libres somos? La Escritura enseña claramente que, aparte de Cristo, somos esclavos del pecado; no hay terreno intermedio.⁴ Y por muy libre que una persona crea ser, nunca podrá liberarse a sí misma de esa clase de servidumbre.

Piensen en nuestras aspiraciones terrenales: el éxito que deseamos, la aprobación que anhelamos, la perfección por la que luchamos y la felicidad que sentimos merecer. La realidad sobria es que todas estas cosas y muchas más pueden volverse supremas en nuestra vida. Y, antes de darnos cuenta, aquello que creíamos que nos daría libertad en realidad ejerce autoridad sobre nosotros, diciéndonos adónde ir, qué hacer y cómo actuar; haciéndonos iguales a esclavos. Pero recuerden que, en la ilustración de Pablo, la condición del niño no era permanente. El padre ya había señalado el momento en que todo cambiaría, cuando el niño dejaría de estar bajo la supervisión de tutores y administradores y sería libre para disfrutar los privilegios de **(#6) su** herencia. Y aquí es donde Pablo nos lleva a continuación...

Su realidad presente: (vv. 4-7)

En el v. 4, Pablo aplica **(#7) la ilustración** a estos creyentes y a nosotros: “*Pero cuando llegó el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley*”. Así como el padre fijó la fecha en que el niño sería liberado de tutores y administradores, Pablo dice que esto fue lo que hizo el Padre. En el tiempo señalado envió a su Hijo, marcando el fin de la tutela temporal de la ley. **(#8) Es lo que Pablo** ha dicho desde el principio: *ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un tutor*. Al nacer de mujer, el Cristo niño entró en nuestra humanidad. **(#9) Y al nacer** bajo la ley, entró en la condición de aquellos a quienes vino a redimir. Iglesia, estas son buenas noticias, porque Cristo vino a hacer por nosotros lo que jamás podríamos hacer por nosotros mismos. Pablo ya nos ha dicho cómo ocurrió nuestra **(#10) redención**: “*Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros, pues está escrito: ‘Maldito todo el que es colgado en un madero’*”. **(#11) El Catecismo de Heidelberg** pregunta: ¿Qué clase de mediador necesitamos? Uno que sea verdadero hombre y justo (sin pecado), pero más poderoso que todas las criaturas; es decir, uno que también sea verdadero Dios (capaz de soportar la ira de Dios).⁵ Así,

Dios se hizo uno de nosotros en la persona de Jesucristo y entregó sacrificialmente su vida para que recibiéramos la adopción como hijos.

Ahora bien, Dios no se limitó a redimirnos y enviarnos por nuestro camino: *“Ya eres libre; ahora ve y vive tu vida”*. No; mediante nuestra (#12) **redención**, hemos sido adoptados en la familia de Dios. En el mundo antiguo, la adopción otorgaba todos los derechos y privilegios legales a la persona adoptada. Pablo quiere que el lector vea la conexión: todos los creyentes, sean hombres o mujeres y sin importar su pasado, han recibido en Cristo la plena condición de hijos y herederos.

En el v. 6, Pablo cita lo segundo que Dios (#13) **hizo a nuestro favor**: *“Y por cuanto ustedes son hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ‘¡Abba, Padre!’”*. Dios no solo envió a su Hijo para redimirnos e introducirnos en su familia; también envió su Espíritu Santo a nuestros corazones, clamando: *“¡Abba, Padre!”*. (#14 En blanco) ¿Y quién clama *“¡Abba, Padre!”*: el Espíritu o el creyente? ¡La respuesta es sí! El Espíritu clama en nosotros y por medio de nosotros, lo cual significa que no hay manera alguna de tener comunión con nuestro Padre celestial aparte de la presencia del Espíritu que mora en nuestra vida. La expresión *“¡Abba, Padre!”* denota la intimidad de la relación entre padre e hijo. No es una relación caracterizada por la distancia, sino por la pertenencia. Y el Espíritu es enviado a los corazones porque allí se encuentra el centro de nuestra vida interior, donde residen nuestros pensamientos, afectos y voluntad. Pablo dice que, por la presencia del Espíritu Santo que mora en nosotros, podemos experimentar comunión con nuestro Padre celestial y responder a su amor con gozo y devoción genuinos.

Y en el v. 7, Pablo revela nuestra realidad presente a la luz de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo (#15) *“Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por medio de Dios”*. Recuerden nuestro salmo de meditación, donde el SEÑOR declara a su Hijo: *“Tú eres mi Hijo; yo te he (#16) engendrado hoy; pídemme, y te daré las naciones como herencia y los confines de la tierra como posesión”*. (#17) Y el salmo termina pronunciando una bendición sobre todos los que se refugian en él. Iglesia, esto es lo que somos: hijos y herederos de Dios que han hallado refugio en Jesucristo, el Hijo. Tengan la certeza de que hemos recibido este estado y privilegio no por mérito propio, y nada de ello se basa en logros ni linaje. Como dijimos hace unas semanas, todo es gracia: el amor de Dios derramado sobre nosotros en Cristo y recibido por la fe. Como dice el autor de la (#18) **canción**: *“Nada traigo en mis manos; solo a la cruz me aferro; desnudo, acudo a ti para ser vestido; indefenso, miro a ti en busca de gracia”*.⁶ Ahora que Pablo ha revelado su realidad presente, surge una pregunta solemne acerca de la dirección en que se encaminan. (#19) Y es una pregunta que también requiere nuestra consideración.

La solemne pregunta de Pablo: (vv. 8-11)

(#20) Aquí, en el v. 8, Pablo dice que cuando eran paganos no conocían a Dios, sino que estaban esclavizados a los que por naturaleza no son dioses. Luego afirma lo que ahora es cierto de ellos: *“Pero ahora que han llegado a conocer a Dios (y Pablo lo aclara perfectamente), o más bien, a ser conocidos por Dios”*. Ahora que son hijos y herederos de Dios por medio de Cristo, respondan esta pregunta **por favor**, (#21) *“¿Cómo pueden volver otra vez a los débiles y miserables principios elementales del mundo, de los cuales quieren volver a ser esclavos?”* Pablo describe ahora los principios elementales del mundo como

débiles y miserables; es decir, carecen por completo de poder para poner a alguien en una relación correcta con Dios y mantener su aceptación delante de él. Recuerden que estos creyentes gálatas estaban bajo presión para añadir distintivos de identidad judía a su fe en Cristo a fin de ser justificados ante Dios y aceptados en la comunidad del pacto. Pablo pregunta: ¿cómo pueden dar la espalda a todo lo que son en Cristo para regresar a esa condición de esclavitud? (#22) Y formula una acusación: ¡están observando días, meses, estaciones y años! En otras palabras, al tratar estas observancias como necesarias para ser aceptados por Dios, están cambiando su libertad como hijos y herederos de Dios por la esclavitud del desempeño religioso.⁷ (#23) Y Pablo expresa claramente su temor: “*Temo haber trabajado en vano por ustedes*”. Está alarmado por la condición espiritual de sus hermanos y hermanas en Cristo.

(#24 En blanco) Contextualmente, estamos muy alejados de estos creyentes gálatas. Pero lo que Pablo describe de su condición debería mostrarnos que no estamos tan alejados como quisiéramos pensar. Por eso, esta solemne pregunta también es nuestra y debemos considerarla seriamente: *¿Dónde hemos sido tentados, o cómo estamos siendo tentados, a vivir la vida cristiana como esclavos, sabiendo que en Cristo somos hijos y herederos de Dios?* Cuando considero seriamente esta pregunta, reconozco que soy más propenso a pensar como esclavo que como hijo heredero. Asisto a la iglesia los domingos y procuro estar presente cuando se abren las puertas durante la semana; leo mi Biblia, oro y me esfuerzo por ser fiel en mis diversas relaciones. En resumen, procuro vivir obedientemente como hijo de Dios a la luz de su gran amor por mí. No creo ser el único, porque este es nuestro llamado como hijos y herederos de Dios.

Y sabiendo que esto es verdad, siempre está presente la tentación de adoptar una mentalidad de esclavo en mi relación con Dios. Es algo así: Si hago esto, entonces Dios hará... Si asisto al culto y a las actividades de la iglesia, entonces Dios hará... Si leo constantemente mi Biblia y oro, entonces Dios hará... y si comparto mi fe con otros, entonces Dios hará. A la inversa, ¿qué ocurre cuando no lo hacemos? Cuando faltamos al culto, descuidamos la oración o no compartimos nuestra fe, ¿retirá Dios su amor porque hemos puesto en riesgo nuestra posición justa delante de él? Pensar así es pensar como esclavo en vez de como hijo y heredero; por la gracia de Dios, resistamos y huyamos de esa tentación.

Pero eso no significa que nuestra obediencia no importe; importa, y es lo que se espera de nosotros como hijos y herederos de Dios. Así pues, procuramos obedecer a nuestro Padre celestial porque, por medio de Cristo, sabemos quiénes somos y a quién pertenecemos. Y mediante el poder capacitador del Espíritu Santo, se convierte en el deseo de nuestro corazón vivir una vida que le agrade. Nos reunimos para adorar, leemos su Palabra, nos dedicamos a la oración, compartimos nuestra fe y procuramos amar y servir a los demás. No hacemos estas cosas como esclavos que intentan ganarse la aprobación de un amo, sino como hijos y herederos de Dios, plena y entrañablemente amados por medio de la obra de Cristo Jesús. Que esta verdad siga resonando en nuestros corazones: ¡en Cristo ya no somos esclavos! Somos hijos, y si somos hijos, entonces somos herederos por medio de Dios. Que él continúe bendiciéndonos y guardándonos bajo su cuidado amoroso. Amén.

¹ El rey león (Walt Disney Pictures, 1994), escena de Rafiki y Simba, <https://www.youtube.com/watch?v=FK84gBs4jP0>.

² κληρονομος (*klēronomos*). s. masc. heredero. *Alguien que heredará las posesiones de un progenitor. Según BDAG... Este es un hijo que ha sido designado heredero, alguien destinado a recibir algo de su progenitor en el momento señalado.*

³ στοιχεῖον (*stoicheion*): principios básicos, verdades elementales. Algunos intérpretes lo entienden como instrucción religiosa elemental aplicada negativamente, considerando que Pablo condena las dimensiones rituales tanto del judaísmo como de la religión pagana. Los padres de la iglesia primitiva a menudo entendieron el término físicamente, relacionándolo con cuerpos celestes que regían observancias del calendario, o como objetos de culto vinculados a seres espirituales; una lectura que los estudiosos modernos adoptan con frecuencia como “fuerzas espirituales elementales”. Una síntesis más reciente propone que Pablo usa la frase para designar prácticas religiosas centradas en los cuatro elementos físicos, que implicaban la veneración de estos *stoicheia* como divinos y el establecimiento de observancias calendáricas relacionadas con ellos. Moisés Silva, ed., en *New International Dictionary of New Testament Theology and Exegesis* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2014), 379–380.

⁴ Murray J. Harris, *Slave of Christ: A New Testament Metaphor for Total Devotion to Christ*, ed. D. A. Carson, vol. 8, *New Studies in Biblical Theology* (Downers Grove, IL; Inglaterra: InterVarsity Press; Apollos, 1999), 83.

⁵ Véase Catecismo de Heidelberg, preguntas 15-18.

⁶ Augustus M. Toplady, “Rock of Ages, Cleft for Me” (1776), estrofa 3, Hymnary.org (consultado el 9 oct. 2026).

⁷ John R. W. Stott, *The Message of Galatians: Only One Way*, *The Bible Speaks Today* (Leicester, Inglaterra; Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1986), 108.